

Recordar, compartir, aprender

Valencia

Rafael Alcayna Pons, 70 años

M^aJosé Crespo Roig, 22 años

LA ESCALERA DE LA VIDA

Alguien dijo una vez que el mundo es de los tenaces. Sin duda, esta es la consigna que ha movido a Rafael durante sus 70 años para ascender, peldaño a peldaño, por la escalera de la vida. Admite que han sido varias las escaleras y muchos los escalones, pero también afirma que 'si te conformas con lo que tienes en la vida, estás perdido'.

Rafael, con su traje azul marino y su corbata de rayas, con sus gafas menudas y sus ojos claros me espera en el centro de jubilados de Viveros. Estamos en la cafetería. Todas las mesas están llenas, y el dominó es la estrella. Rafael remueve el café. Dice no tener una historia digna que contar y no ser más que un español anónimo que quiere ayudar a los jóvenes como yo, que se están preparando para ser continuadores de su generación. Yo estoy impaciente. Remuevo mi café. Sé que detrás de ese rostro alegre y de esa voz amable se esconde una vida con más de una historia interesante que contar. Espero ser capaz de averiguarla...

Hemos empezado a conocernos y Rafa (me gusta poder llamarle como lo hacen sus amigos) se llena de orgullo al contarme que es 'del mejor pueblo de España', de Dénia. Fue aquí, en este pueblo marinero, donde pasó su infancia. La recuerda feliz 'porque al no conocer, no anhelas nada', dice con voz firme y pausada, mientras me explica que nunca pensó que le faltara la televisión porque no sabía lo que era. El fútbol, en cambio, ya era conocido en esa época. Al igual que el frontón o la ilusión de 'ir detrás de las chiquitas que te gustaban, que se hacían las estrechas y que nunca llegabas a ir al cine con ellas' me explica mientras se ríe.

A los 14 años, Rafa empezó a subir su escalera. Entró a trabajar como aprendiz en una farmacia de aquella época, 'donde se hacían más fórmulas magistrales que medicamentos se vendían'. Rafa sonríe. Sospecho que tiene buenos recuerdos de esos días. 'Allí me lo pasé muy bien' confiesa. Me cuenta que él era 'el chico de los morteros y las probetas' al que el dependiente mayor le enseñaba fórmulas que ahora no se conocen. Pero, sin duda, no son las fórmulas lo que le hace reír, sino el recuerdo de las novatadas que hizo y que le hicieron. '¿Conoces el mercurio en líquido?' Me pregunta. 'Pues es un líquido que por sí solo no se deshace', me explica mientras se ríe con una carcajada. La de horas que estarían 'los chicos de los morteros' con el mechero esperando a que el mercurio se deshiciera... Es una broma graciosa, yo también me río.

Pero Dénia se quedó pequeña, me sigue contando. Su padre buscaba nuevos horizontes para sus hijos, y Rafa tampoco quería 'pasarse media vida limpiando probetas y morteros'. Así, como hicieron muchos de su generación, se marcharon a Valencia, donde se encontró con unos peldaños difíciles de superar. 'Ésa época fue muy mala' confiesa con tono pausado y rostro serio 'porque es muy triste estar rodeado de, en aquel momento, quinientas o seiscientas mil personas y no conocer a nadie'. Rafa recuerda que fue duro acostumbrarse a la ciudad, sobre todo 'irte a pasear a la Plaza del Caudillo y no poder saludar a nadie, cuando en el pueblo te reunías con todos'.

Rafa siempre tuvo claro que su meta era formar una familia, lo que define como 'la ilusión de la época', pero creyó que para casarse, tener hijos y ofrecerles unos estudios tenía que formarse. Por eso, durante sus primeros años en Valencia compaginó su trabajo de administrativo en una oficina con sus estudios en una academia nocturna. Aquí aprendió taquigrafía, mecanografía y cálculo mercantil.

Pero él quería seguir ascendiendo en su escalera particular, y cuando volvió de la mili empezó a trabajar como vendedor. Rafa se ríe cuando le pregunto qué era lo que vendía, y lo sigue haciendo cuando ve mi cara una vez me ha contestado. '¿Papel continuo?'. Jamás hubiera esperado esa respuesta porque no sabía ni lo que era. 'Vamos a ver' (empieza a explicarme sin que yo se lo pida) 'el papel continuo es el papel para ordenador en aquellos tiempos'. 'Esa fue una época muy buena' continúa 'porque era una novedad enorme en aquel momento'. Admite que vendió mucho y bien, y que 'la escuela de la calle, el trato con todo tipo de personas y encontrarme con situaciones difíciles' le hicieron aprender. Rafa llegó a ser campeón de ventas y, con el paso de los años, se convirtió en el Jefe de la División Levante-Sur de la empresa, 'lo que me obligó a viajar y a seguir enriqueciendo mis conocimientos' me explica. Rafa hace una pausa, se piensa las palabras, me mira y



continúa, ‘la escuela de la calle, en mi caso yo diría la Universidad, te enseña a no mirar ni hacia atrás ni hacia delante, te enseña a vivir el presente’.

Como muchos españoles de posguerra, Rafael no pudo estudiar una carrera y tuvo que forjarse basándose en esfuerzo y tesón. ‘Yo soy uno de los que no se conformaron con ser simples peones’ afirma ‘Dicho así, parece que haya tenido una escalera corta, pero es fácil adivinar que no, que han sido varias escaleras y de muchos peldaños’.

Rafa y yo hemos de despedirnos. Le pregunto qué consejo daría a quien lea este artículo. No se lo piensa. ‘Si te conformas con lo que tienes estás perdido. Hoy en día, con 70 años todavía necesito tener afán de superación’. Montar a caballo, cambiarse de casa y pasar una semana en su ‘pueblo marinero’ son las metas que se ha propuesto. Seguro que las consigue muy pronto. Rafa todavía tiene ánimos para subir más escalones. Quizás sea porque, como él mismo dice, ‘soy abuelo porque tengo nietos, pero no soy viejo. Lo que tengo es mucha juventud acumulada’.

LO IMPORTANTE DE LA VIDA

‘Mi familia es mi gran pasión, mi gobierno y mi estado’, Rafa lo ha tenido y lo tiene claro, su familia es su meta más importante. Siempre ha luchado y se ha preparado para poder darles lo mejor y todavía lo sigue haciendo ‘Hoy en día yo sólo pienso en los demás y si me preguntas por el sueño de mi vida te diré que sería poder quitarle la hipoteca a mis hijos’. Afirma estar felizmente jubilado y ‘con una familia completa, es decir, esposa, hijos y nietos’. Su mujer, a la que conoció en una falla cuando llegó a Valencia, es el amor de su vida. ‘Reñimos todos los días para no aburrirnos’ me dice mientras se ríe. Y sus nietos, a los que va a recoger al colegio ‘me hacen sentir útil y llenan el vacío que ha dejado el fin de mi trabajo’.

Pero para poder disfrutar de la familia, se necesita salud, ‘que no se puede ni comprar ni pagar con nada’. Hace unos años tuvo un infarto que, confiesa, ‘me ha bajado un poco los ánimos y me ha quitado muchas ilusiones’. Por eso ‘es necesario cuidarse’. ‘También es fundamental tener buen humor para todo’ añade con una bonita sonrisa. Y es que si hay algo que define a Rafa a simple vista es su simpatía, que utiliza hasta en el momento más inesperado. ‘El otro día quería comprar un simple televisor’, me cuenta para que vea lo difícil que, a veces, lo tienen los mayores, ‘yo pensaba que iba preparado, pero nada más entrar a la tienda y decir lo que quería, el empleado, muy amable, me suelta como si la pregunta fuera facilona: ¿cuánto mide su comedor?, a lo que yo le respondí: hombre, la verdad es que tampoco lo quiero tan grande’.